



Rubén Darío



Sección Literaria



Salomón de la Selva

Rubén Darío y el Ecuador

Federico Proaño

Al gran periodista ecuatoriano Federico Proaño le conoció Rubén en 1882 cuando llega por primera vez a El Salvador, se encuentra al valioso profesor polaco doctor José Leonard, quien fuera su profesor en el Instituto de León; con el poeta salvadoreño Francisco Gavidia quien le iniciara en la reforma métrica de la poesía castellana; con Joaquín Méndez y varios otros intelectuales centroamericanos y cubanos, todos quienes rodean al generoso Mecenas, el Presidente Zaldívar, rara avis entre los mandatarios centroamericanos, generalmente hombres de armas y no de letras. Zaldívar es médico, políglota y humanista y protege a todo escrito poeta que llega a San Salvador, ofreciéndoles cargos en su administración haciendo caso omiso de las nacionalidades de cada cual, otorgándoles cátedras y dándoles acceso a la redacción del periódico oficial.

Federico Proaño, quien cuenta ya 34 años, es un hombre sufrido y experimentado que acoge al joven poeta nicara-güense -todavía en sus 15 floridas primaveras- con todo el cariño paternal de que él es capaz. Proaño va a experimentar a la sombra bienhechora de Zaldívar los únicos pocos años de paz de que disfruta en su larga vida de luchador infatigable del periodismo. Allí funda su único hogar que aunque no bendecido por la Iglesia -de que la que no es muy partidario, aún cuando en su adolescencia vistió en Cuenca los hábitos talares-, le proporciona un remanso al ofrecerle el amor de una mujer y de una hija única, Bolivia, acerca de todo lo cual me ha ocupado en detalle. "Ecuatorianos Ilustres en Costa Rica", obra del autor de este artículo).

Sí Darío era "montalvista" antes de conocer a Proaño, ahora que ambos conviven en el cálido ambiente de El Salvador, la comunión literaria en el conocimiento de la obra completa del gran ambateño se consuma a perfección. Felizmente ninguno de los dos tiene que echar mano del acento de catilinaria montalvina, pues, por el contrario, les falta sahumero para elogiar -no sin razón al bondadoso protector que les cobija con esplendidez y les permite elucubrar tranquilamente sus ensayos poéticos y periodísticos. Pero circunstancias de la vida separan a los dos amigos. Proaño marcha al Ecuador en 1883, al triunfar Alfaro el 9 de julio en que el valeroso guerrillero toma Guayaquil y pone en fuga al Dictador Veintemilla. Regresa a Centroamérica con el encargo de adquirir un barco para organizar una expedición de desembarco contra el régimen conservador. Y en efecto Proaño adquiere el "Ala-

juela" y es más, obtiene ayuda económica de los Presidentes Zaldívar de El Salvador y Barrios de Guatemala para acabar de financiar la expedición alfarista que fracasa en Jaramijó. Desengañado de tal descalabro, Proaño regresa a Centro América decidido a no retornar más al Ecuador, como efectivamente así sucede.

Darío y Proaño van a volver a encontrarse en Guatemala en aquella alegre saturnal que tiene lugar en el cálido pueblito de Escuintla, cercano a la capital, pero camino del mar, en que se efectúa -exactamente el 11 de febrero de 1891- el sonado matrimonio eclesiástico de Rubén con su linda esposa hondureña Rafaelita Contreras Cañas, la espiritual "Stella". Allí se recuerda que en mitad de la fastuosa fiesta, después de las bellísimas improvisaciones poéticas del poeta colombiano César Conto y del propio Rubén Darío, luego de que el polaco Leonard y el cubano José Joaquín Palma hubieren dicho sus palabras de elogio, Federico Proaño tiene una inteligente y original ocurrencia, al sugerir:

-Yo propongo, señoritas y caballeros, que para manifestar mejor nuestra admiración sincera por don César Conto y Rubén Darío, seamos egoístas y les demos muerte con nuestras propias manos para que nadie pueda escuchar las bellezas imponderables que nosotros hemos escuchado

Darío embarca poco después con dirección a Costa Rica. De allí marcha a Cuba y en 1892 se dirige por primera vez a Europa para celebrar en España el IVº Centenario del Descubrimiento de América. Ese mismo año enviuda de "Stella" y al año siguiente lo casan con Rosario Murillo y él parte a Buenos Aires a tomar posesión del Consulado de Colombia, para el que ha sido nombrado por influencia del ex Presidente doctor Rafael Núñez.

Entre tanto Proaño, "Galeote del Destino", como le llama su mejor biógrafo, Víctor Manuel Albornoz funda tres periódicos en Costa Rica "El Maestro" (1885) "El Otro Diario" (1885-86) y "La Escoba" (1886) y, afines de este último año, es expulsado de este país por orden del Presidente Don Bernardo Soto. Parte a El Salvador donde no encuentra clima propicio y continúa a Guatemala donde luego de largo trajinar por las redacciones periodísticas fallece en Quetzaltenango el 22 de mayo de 1894. Escriben necrologías nada menos que José Martí, José Joaquín Palma y Aquileo Echeverría, amigos todos ellos de Rubén y de Proaño.